

Querido Diario:

Marcela Guijosa

El otro día me dijo Berta que sería muy bueno que escribiera yo algo sobre Madonna. Le contesté que a ver; casi no sabía nada de ella.

Para mí la visita de Madonna a México no hubiera tenido la mayor importancia. Para mis amigas, tampoco. Mujeres de mediana edad, madres de familia de la ciudad de México, estamos ya más o menos acostumbradas a que haya cada vez más eventos para los jóvenes, conciertos de rock con los grupos y los artistas del momento, favoritos de nuestros hijos. Renegamos de lo caro que cuestan los boletos, nos preocupamos por su seguridad en esa multitud que imaginamos medio frenética, y algunas veces los dejamos ir.

En nuestro tiempos no había eso. ¿Conciertos de rock? Jamás. Nosotros oíamos el rock-and-roll en aquellos pequeños radios de transistores y veíamos en la televisión a nuestros artistas favoritos -Johnny Laboriel y los Rebeldes del Rock- y



más tarde iríamos, poco a poco, coleccionando discos de nuestros admirados -The Beatles- a los que veríamos de vez en cuando sólo en el cine.

Hoy, el público mexicano, sobre todo en el D.F., puede ir a ver en persona a los más famosos, si tiene suficiente dinero. El Auditorio Nacional, el Palacio de los Deportes, el Estadio Azteca y el Autódromo han recibido a grandes figurones del espectáculo. Este año, los más famosos habrán sido Paul Mc Cartney, en diciembre, y un poco antes, Michael Jackson y Madonna, casi al mismo tiempo.

Madonna hubiera, para mí, pasado desapercibida. Un ídolo más de los jóvenes. Igual que me fueron casi indiferentes las visitas de Sting o de Peter Gabriel. Otra cosa es Paul Mc Cartney. No conozco lo último que ha grabado, pero fue un Beatle, y siempre estará cerca de mi corazón.

Pero entonces empezaron las enormes campañas publicitarias. La voluntaria y la involuntaria. Un día leí, asombrada,

que en la Cámara de Diputados se había discutido, durante horas, sobre la visita de Madonna. Leí que algunos diputados, alegando representar a sus representados, se oponían a que la artista entrara a nuestro país porque iba en contra de nuestros valores más entrañables. Y de ahí en adelante hubo muchas reacciones, en pro y en contra; artículos en los periódicos, programas de televisión -Nino Canún-, discusiones apasionadísimas: no se hablaba de otra cosa.

No me quedó más remedio que interesarme por esa mujer. ¿Había hablado mal de México, o de nuestros héroes, o de los símbolos patrios? No. ¿Era una presunta delincuente, como Michael Jackson, acusado de perversión de menores? No. ¿Por qué dirían que va en contra de nuestros valores? ¿Los valores de quién?

Oí algunas de sus canciones. Pregunté a sus fans. Vi fragmentos de algunas de sus películas. Por un lado, pensé que el escándalo no era para tanto. Pero por otro, empecé a entender.

Madonna es una mujer chaparrita que ni es tan guapísima ni canta extraordinariamente ni las letras de la mayoría de sus canciones son nada del otro mundo. En parte, es un fenómeno de la publicidad y de la moda. Lo explosivo está en que es una provocadora. Es una mujer que alardea de su sexualidad, juega con ella, la exalta. Y eso sí que va en contra de nuestros valores.

Oí una canción donde le canta a los placeres del sexo oral. *Un beso en donde empieza la vida*. Se declara no sólo lesbiana o bisexual, sino poli-sexual o cosmo-sexual. En algunos de sus shows -que aparece en la película *En la cama con Madonna*- actúa una escena que simula una masturbación, bastante realista, rodeada de actores que bailan a su alrededor, representando una cadena de fantasías sexuales loquísimas. En el espectáculo que presentó en México, sus actores-bailarines representaban escenas multitudinarias de amores homosexuales: hombres con hombres, mujeres con mujeres, y luego todos con todos.

"Con razón tanto revuelo", me dije. Siempre ha habido pornografía, pero de manera clandestina, oscura; fotos o películas pasadas de mano en mano y gozadas en secreta soledad. Siempre ha habido espectáculos de mujeres encueradas, en ciertos lugares, sólo para hombres. ¿Pero en un espectáculo para decenas de miles de asistentes, hombres, mujeres, jóvenes, adolescentes?


Evidentemente, tenían que protestar los grupos católicos, los providas, los más tradicionales de México. Y algunos señores diputados priístas. Y mientras más protestaban, a mí me iba cayendo mejor esa mujer.

Independientemente de mis sentimientos de pudor o de vergüenza frente a algunas de sus escenas o frente a la letra de alguna de sus canciones -porque tengo la mitad del alma muy antiguíta, porque me educaron católicamente, porque todo lo que tuviera que ver con mi cuerpo era considerado sucio y pecaminoso, porque me ha costado mucho trabajo aceptar las homosexualidades- no puedo dejar de admitir que me parece muy bien que cante, celebre, festeje a la sexualidad humana, que la destape, que la haga pública y notoria, del tipo que sea, de la preferencia que sea. Aunque yo nunca pagaría doscientos nuevos pesos por ir a verla, definiendo ardientemente el derecho que ella tiene de montar su espectáculo como lo quiera hacer.

Sobre todo, porque es mujer. Un mujer que, por lo menos en su imagen pública, quiere dar un modelo de libertad. No es el símbolo sexual de antes -que siempre ha habido- tipo Marilyn Monroe, haciéndole de ingenua-estúpida mientras lucía sus pechos y sus carnosos y pintados labios entreabiertos para conquistar al Hombre. Y luego ser su adicta, aniñada y berrinchudita esposa. No es la imagen de la prostituta explotada o explotadora de los hombres. No promueve una sexualidad violenta ni abusiva donde los hombres se aprovechan de las mujeres y de los niños. No es un símbolo sexual manejado por otros ni al servicio de nada. Habla de la prevención del SIDA: busca que el amor y el SIDA no sean identificados; promueve el sexo seguro, el uso del condón.

Pone sus condiciones, inventa y dirige sus espectáculos, canta lo que quiere, cobra lo que quiere. Rompe barreras y patrones establecidos. No es objeto sexual. Parece más bien *sujeto*.

Ese ha de ser el pecado. Eso es ir en contra de nuestros más queridos valores. Una mujer autónoma, libre, que parece hacer con su cuerpo y con su vida lo que le da la gana. Una mujer con una sexualidad abierta, juguetona, sin límites, que nos enfrenta desparpajadamente con nuestros más ocultos deseos, con nuestras más secretas fantasías. Una mujer en contra de nuestra querida hipocresía nacional.

Más de cien mil jóvenes la fueron a ver a sus conciertos. Muchos más compran sus discos, siguen su trayectoria, la admiran. Algo está pasando en el mundo, y en México. A lo mejor nuestros viejos valores tan solemnes -las mujeres en su casa, las mujeres castas y puras, las mujeres sometidas y sólo heterosexuales y sólo madres abnegadas- se están resquebrajando de verdad. Y no sólo es culpa de Madonna. 



FONDA SAN ANGEL

RESTAURANTE · BAR

MAS ALLA DE LA BUENA COCINA...
EN EL CORAZON DE SAN ANGEL

DESAYUNO · COMIDA · CENA
PLAZA SAN JACINTO 3. SAN ANGEL. MEXICO TEL 548 75 68